

ARTE Y ORACIÓN

Emaús o el camino de nuestra vida



Los discípulos de Emaús o Cena de Emaús – 1602, M. Caravaggio.

No pocas noticias nos llegan, hoy mismo, de la situación que acontece en las tierras que recogieron los pasos de Dios en la Tierra. No pocas noticias, que nos hacen pensar en los estragos que producen con frecuencia las pasiones del ser humano. La escena de la cena de Emaús nos permite pensar, desde el espacio geográfico, Emaús Nikópolis o “Amuás”, en Israel, muchas cosas acerca de nuestra propia vida y nuestras pasiones. En ese sentido, *Los discípulos de Emaús* de Caravaggio nos puede recordar nuestra propia condición humana. Pero también, por otra parte, desde la historia de un encuentro y una cena, Lc 24,13-33, nos ilumina en algunas cosas que podemos tener en cuenta para el camino de la vida.

Nuestra vida se encuentra condicionada, en más de una ocasión, por nuestras propias pasiones, incluso más que por las de los demás. Pasiones, asimismo, que generan sufrimiento tanto en nosotros como en los otros y que con frecuencia distorsionan el sentido y destino último de nuestro caminar. Así, por ejemplo, la historia de los discípulos “caminantes” de Emaús, nos permite pensar en nuestra propia mirada: *15 Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; 16 pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran.* Con su mirada, los de Emaús tal vez no fueran capaces de comprender que el Mesías no fuera aquel libertador político que esperaban, o que Dios mismo verdaderamente fuera a morir. Ahora bien, el evangelio también propone un recurso, una solución, a esta ceguera e incomprensión. Esto es, la búsqueda, las preguntas, una necesidad original y luego, una predisposición al encuentro con la Verdad: *29 Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos.*

Podríamos pensar en la “discusión” de los “caminantes” previa al encuentro con Cristo resucitado. Si era acalorada o si simplemente carecía de sentido porque habían entendido entre poco y nada del paso de Jesús por este mundo. ¿Cuántas veces nuestra rigidez o nuestra terquedad, nuestra forma de ver el mundo, nuestro egoísmo o cualquier otra tendencia, nos lleva a olvidar el genuino sentido de nuestra vida y nuestras relaciones con los demás?

Hoy, tras la resurrección, el rostro de Cristo se nos presenta en las personas que nos rodean, en nuestro prójimo; en las personas más cercanas y que más queremos, pero también en los otros, los distintos y los que nos resultan extraños, indiferentes o que incluso nos incomodan. Por ello, la cena, la Eucaristía, representa el culmen desde el cual se puede superar toda pasión, tendencia, debilidad, preferencia e incluso prejuicio. Y también, desde el cual comprendemos el sentido verdaderamente cordial, caritativo, unitivo, de nuestra vida y nuestras relaciones. Pues, siendo que el fin último es la unión espiritual, en oración, con Dios, esto no es sino en necesaria relación con los demás.

Esta comprensión la reflejan, a la izquierda, el sobresalto de Cleofás y, a la derecha, la exclamación en movimiento, poniendo los brazos en forma de cruz, del que parece ser Santiago o un discípulo suyo; por la concha que le cuelga del pecho. Sobresalto y exclamación que reflejan la comprensión de la Verdad. A pesar de la mirada obcecada de los discípulos y que nosotros a menudo tenemos, Lc 24,15, o de cualquiera de nuestras pasiones, Cristo se presenta y se toma su tiempo. Igual que a los que iban a Emaús les fue explicando en su corazón aquello que no acababan de comprender, también hoy lo hace con nosotros. Tan solo nos cabe estar atentos Lc 24,15 y dispuestos Lc 24,29, como aquellos “caminantes” hacia Emaús que, aun discutiendo, tenían sed y buscaban respuestas.

Podemos tomar nota del encuentro de Cristo con los "caminantes" de Emaús. Y antes que centrarnos en nuestras pasiones, preferencias, prejuicios, podemos abrirnos a ver lo que realmente significa e implica que nuestro modelo sea Cristo; aquel que muere en la cruz por el otro, sin prejuicio ni preferencia. Hallamos en el otro la posibilidad de un encuentro semejante al de la cena de Emaús; en el cual la Verdad de Cristo quedó patente y manifiesta tras la bendición. Así, que esa bendición eucarística, que viene de una búsqueda y una disposición, podamos vivirla nosotros también de tal modo que la oración no sea solo un momento o un espacio, sino una forma de vida o un estado.

Estado o vida que podemos alcanzar recurriendo al Sacramento, como fundamento de la oración, pero también recordando que la oración es una cuestión de cuidados; del otro, del prójimo, de los que me rodean y también de Dios o el tiempo que le dedico. Por tanto, que *Los discípulos de Emaús* nos recuerde siempre que podemos hacer presente a Cristo en nuestra vida cotidiana, dedicándole un espacio y viviendo el sentido de la Eucaristía como en aquella bendición de Cristo, que hizo que los discípulos de Emaús reconocieran la Verdad. Hagamos nosotros presentes la Verdad de Cristo, la existencia de ese Amor, viviendo aquella caridad que nace de su bendición; para, tras ello, como los de Emaús, dirigirnos a nuestra Jerusalén y comunicar lo que hemos descubierto.